

El tema de las lecturas para la misa de hoy es el compartir de pan que nos hace uno. Hoy comenzamos un cuidadoso leyendo del sexto capítulo del Evangelio según San Juan que continúa por el vigésimo sexto de agosto. El tema central de este capítulo es la Eucaristía. Empieza con la historia que leemos hoy de la multiplicación de los panes y pescados. Todo detalle de esta historia nos recuerda de la misa, esa gran plegaria en la cual experimentamos la consagración de la Eucaristía.

La multiplicación de pan y pescado se encuentra dos veces en el Evangelios según San Mateo y el Evangelio según San Marco, una vez en el Evangelio según San Lucas, y una vez en el Evangelio de San Juan. En todas estas historias Jesús toma pan, da gracias, lo parte, y lo da a sus discípulos, las mismas palabras usadas a la Cena del Señor. La multiplicación nunca se refirió como un milagro. En realidad, es una señal—una señal del modo que el Señor quiere alimentarnos y una señal de su presencia con nosotros. Él conoce nuestras debilidades, y conoce cuanto estamos deseando ser la gente mejor que somos. Él conoce nuestros problemas y dificultades y nuestro anhelo del bienestar y la paz. La señal de la multiplicación es la señal del Sacramento de la Eucaristía.

El pan es una imagen con muchas significaciones. Estas personas con quienes compartimos el pan se llaman a “compañeros” porque nuestro «compañero» se formó de las dos palabras latinas, *cum* y *panis*, que significa «con» y «pan». Compartimos el pan con nuestra familia y nuestros amigos. Porque ganamos nuestro pan por medio de trabajo, todo trabajo honesto es noble, y es con el pan que expresamos nuestra compasión como lo compartimos con los hambrientos. La Biblia usa pan como una señal de la salud y la fuerza, y el Evangelio según San Lucas nos dice que los discípulos reconocieron a Jesús después de su resurrección y ascensión al partir el pan. Finalmente, la tradición cristiana considera la relación entre los fragmentos del pan recogido cuidadosamente y la comida

Eucarística que las comunidades cristianas, que son dispersadas a través de tiempo y espacio, continúan celebrar hasta el día cuando Cristo nuestro Señor reunirá a su gente a la mesa celestial.

El tema de la Iglesia reuniéndose en la unidad se apoya en la Segunda Lectura de hoy, la carta de San Pablo a los efesios, que se llama «la epístola de unidad». Jesucristo es el Salvador enviado por el Padre para reunir todos seres humanos en la unidad del «solo cuerpo» y del «solo Espíritu». Estamos llamados a servir a «un solo Señor» y a compartir «una sola fe» y «una sola esperanza». Sepultados en las aguas del bautismo, nosotros renacemos y renovamos por ese «solo bautismo» y nos convertimos en los hijos y las hijas del «solo Dios y Padre de todos».

Al fin y al cabo, nuestra meta es «mantenerse unidos en el espíritu». Yo he visto su compasión y su generosidad cuando ustedes aprendieron de otros que estaban en necesidad. Me siento orgulloso de ustedes, orgulloso de decir que soy una miembro de esta comunidad hispana. ¿No sería maravilloso si podríamos ver esta compasión, esta generosidad, esta unidad **siempre** expresada en nuestra comunidad de fe? ¡Qué una bendición sería al mundo ver la gente que ha sido bautizada en Cristo tratando uno al otro con respeto, amando uno al otro, y atendiendo uno al otro con humildad, amabilidad, y paciencia! ¡Que el querido Señor nos ayude siempre esforzarnos hacia la meta bendecida!